

ESPECIAL

PUEBLO

HOMENAJE

A

FOFÓ



ORGANIZADO POR

PUEBLO, TV. E.,

PARQUE DE ATRACCIONES

Y AGRUPACION DE CIRCOS ESPAÑOLES

A. SORDA

ESA PAREJA BONDADOSA

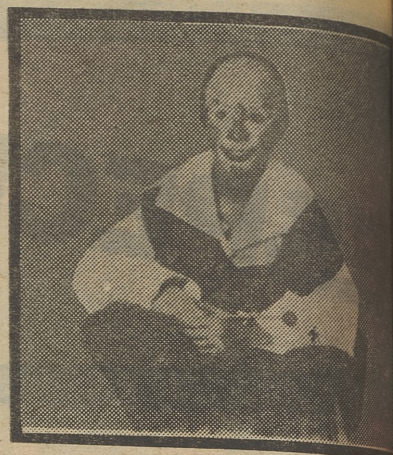
EL PAYASO Y EL AUGUSTO

R EINABA en Inglaterra Jorge II. Un sargento que regresó victorioso de la guerra contra los franceses, que se había arrojado al agua para rescatar una mula que se ahogaba, que había arrebatado un estandarte al enemigo en una batalla cruenta, que había logrado salvar la vida, con riesgo de la suya, al duque de Brunswick, eliminando él solo un pelotón de soldados enemigos, dio por finalizada su carrera militar y se retiró del ejército, no sin antes saludar al rey, que le despachó con un gesto amable. Philip Astley, que así se llamaba el guerrero, había nacido en Newcastle, el 8 de junio de 1742. Pero si el Regimiento de Dragones del Rey Jorge II de Inglaterra perdió un bravo militar, el mundo ganó un hombre para el circo. Con Philip Astley había nacido el padre del circo moderno.

Después de retirarse del ejército, Philip vio cumplido su más ambicionado sueño. Crear una academia de caballería. Se había casado con una amazona, llamada miss Smith, y había adquirido uno caballo pequeño, que llamó Billy. Después, en un terreno denominado El Cascarón del Medio Penique, hizo la presentación de los correspondientes ejercicios de equitación, que gustaron al público. Costaba la entrada general seis peniques, aunque poco tiempo después subió el precio a un chelín de plata, cantidades excesivas para aquellos tiempos, pero que el público abonaba con gusto. El espectáculo que daba Astley era nuevo. Nada menos que un chaval tocaba un tambor mientras los caballos evolucionaban por la pista. Había introducido la música en el circo y era la gran novedad.

PERO aún hizo más este hombre. Había instalado un nuevo circo en otro lugar, esta vez en la zona residencial londinense, anunciando en los programas que «gracias a la lona que cubría el circo, las funciones se celebrarían con tiempo seco o con lluvia». El número fuerte del espectáculo corría a cargo de un niño, su hijo John, que aunque decían los carteles anunciadores que tenía cinco años, la verdad era que ya había cumplido los diez. El pequeño John tocaba el violín, saltaba y bailaba sobre el lomo de un caballo que evolucionaba con agilidad y soltura. Pero el «más difícil todavía» del espectáculo de Astley quedaba aún por ver. La genialidad y la intuición de este hombre darían otro fruto, que enriquecería para siempre al circo. En las funciones había sombras chinescas, acróbatas, los fundamentales números de caballos, pirámides humanas, pero faltaba algo. Astley era hombre culto, profundo conocedor de la literatura europea, y especialmente de la inglesa. Y sintió como un chispazo. Allí, en Shakespeare había algo que le serviría. El bufón, pero despojándole de la carga dramática, morbosa y hasta de humor negro que contenían los personajes del dramaturgo británico. Astley escogió un hombre vulgar, mediocre, de aspecto triste y derrotado, llamado Burt, que le hizo salir, entre número y número, a contar chistes. El público acogió con regocijo la presencia de Burt, que sin darse cuenta de la trascendencia de lo que hacía, iba a pasar a la historia del circo como el primer clown del mundo. Había nacido el payaso que alegraría para siempre la vida de la Humanidad.

PERO el payaso estaba solo, estaba un poco triste, un poco desamparado. Necesitaba su oponente, el que desbaratará su seriedad, su listeza, el que pusiera una carga de humanidad y tam-



bién de desvergüenza a su actuación. Y fue la casualidad y, cómo no, el talento intuitivo de otro hombre del circo. La historia, que tiene visos de leyenda, dice que «Tom Bellyng era componente humilde del circo Renz. En cierta ocasión falló una pirueta y el rígido director le castigó a inactividad durante cuatro semanas. Bellyng no podía vivir sin el circo, y una tarde, vestido con una gran chaqueta para hacer reír a los compañeros, y con la nariz roja, roja del buen vino del Rin, paseándose por los pasillos del circo chocó con el director Renz. Asustadísimo, y por huir del terrible jefe, entró en la pista. Allí tropezó con un rollo de cuerdas y cayó al suelo. El público prorrumpió en una estruendosa carcajada. De una localidad alta surgió un grito: «¡Augusto!... ¡Tonto! ¡Augusto!» Bellyng era conocido por Augusto. El público no dejaba de reír a carcajadas y de aplaudir constantemente. Renz, viendo lo grato que resultaba el espectáculo que daba Bellyng, dijo: «¿Por qué se me ha ocultado la comicidad de este muchacho?». Había nacido el agosto.

EL payaso y el agosto comenzaron la nueva vida. Raro es el país, la localidad, el pueblo, la villa, que no recuerdan el paso de esta sensacional y fabulosa y humana pareja circense. No importan los nombres, porque todos son iguales. Buenos, con sus cargas de afecto hacia los niños, con sus gracias ingenuas, con sus fingidas bofetadas y sus atolondrados tropezones. Con sus emociones ocultas y sus alegrías que desparraman generosamente. Dice la academia en su diccionario que el payaso es «titiritero que hace de gracioso, con traje, ademanes y gestos ridículos». Habría que cambiar esta definición, y afirmar que el payaso y el agosto son dos hombres bondadosos que hacen reír a los demás a costa de su propia risa.

José Aurelio VALDEON

Datos y citas tomados del libro «Biografía del circo», de Jaime de Armiñán.

NOMBRE DE FOFÓ

CARTA A LOS NIÑOS ESPAÑOLES



Queridos niños:

Hemos querido dirigirnos a todos vosotros, en nombre de nuestro Fofó, para deciros que él no ha muerto ni morirá, porque ha dedicado su vida a vosotros, a los que con cualquier edad sois niños en vuestro corazón, intentando haceros reír, y hoy no quiere veros llorar.

Vosotros creceréis y os haréis hombres, pero no olvidéis nunca a un pobre payaso que tuvo todo para los niños y hablar a vuestros hijos de él.

Guardad siempre el recuerdo de ese payaso que reía y os hacía reír, cantaba y os hacía cantar, jugaba y os hacía jugar, y no penséis en ese hombre consumido por la enfermedad. Sabed que siempre, a través de los años pasados fuera de España y de los países que ha recorrido, ha sido un español de cuerpo entero, que ha sabido amar todos y cada uno de los pueblos que ha visitado, pero que ha

mantenido vivo y fuerte el amor a su España.

Sabed también que él ha deseado muchas veces unir a los niños de Hispanoamérica con vosotros y que al menos, por medio de sus canciones, lo ha conseguido.

Un consejo quiere daros a través de nosotros: amad mucho a vuestros hermanos y uniros muy fuerte a ellos como él nos supo amar y estar unido a nosotros. Amad también mucho a los demás hermanos, aunque no lo sean de nacimiento. (Fofó quería escribir sus memorias para dedicar los beneficios a los niños —nuestros, vuestros hermanos— subnormales.)

Gracias, muchas gracias por el cariño que demostráis a Fofó.

Un fuerte abrazo.



(ESTA CARTA SE PUBLICO EN EXCLUSIVA EN LA REVISTA TELE-RADIO)

tuación.
el talen-
el circo.
leyenda.
ponente.
rta oca-
o direc-
durante
odía vi-
tido con
reír a
oja, roja
lose por
n el di-
por huir
sta. Allí
y cayó
en una
ocalidad
... ¡Ton-
cido por
de reír
nstante-
e resul-
Bellyng,
ltado la
Había

enzaron
is, la lo-
no re-
cional y
ense. No
odos son
de afec-
cias in-
tadas y
Con sus
rias que
Dice la
e el pa-
gracioso,
dículos.
ción, y
usto son
acen reír
a risa.

FEON
del libro
faima de

“Sólo me casaré con...”

Con esta frase empieza la dinastía Aragón

HABIA una vez un joven que quería ser sacerdote. Hijo de una familia burguesa de la sociedad granadina del siglo pasado, Gabriel Aragón Gómez, que era así como se llamaba nuestro protagonista, estudiaba la carrera eclesiástica con la mayor vocación, animado por el deseo de cantar misa y continuar luego en el mejor servicio de la Iglesia.

Había también una muchacha, entroncada con la familia real de Suecia, que acababa de «ecuyère» en el Circo Foureaux. Y el circo, que había recorrido con éxito toda Europa, había llegado a España y, concretamente, había instalado su carpa rutinante en Granada. La muchacha, muy linda, como princesa de cuento de hadas, se llamaba Virginia Foureaux, y era la estrella principal de aquel espectáculo circense.

Toda la ciudad del Darro acudió a ver el brillante desfile de atracciones, en el que, como de costumbre, destacó Virginia con su número de caballos. Y entre el público que aplaudía con entusiasmo estaba Gabriel, el protagonista de nuestro relato, que mientras aplaudía sintió que algo muy dentro de sí se quebraba en mil pedazos. Ya no quería ser sacerdote, quería casarse con aquella grácil criatura que le había cautivado.

A Gabriel no le faltaba decisión. Y cuando los componentes del Circo Foureaux levantaron el campo, se marchó con ellos, dejando tras de sí, en la ciudad que le quería nacer, sus ropas de seminarista y los libros de latín, decidido a seguir a su amada hasta donde fuera necesario. Pero como carecía de medios económicos para sostener aquella vida de enamorado errante, la única solución que se le ofrecía era

la de trabajar dentro del mismo circo... de lo que fuera. Y así entró a formar parte del personal como mozo de pista.

A partir de ese momento su vida dejó de ser fácil. Tenía que cargar pesados fardos, barrer suelos, acarrear sillas, limpiar caballos, pero no desfalleció, seguro de que aquel era el camino para llegar al corazón de Virginia. Pero la muchacha, que era a fin de cuentas la que tenía que decidir, lo hizo de modo tan contundente, que no dejaba lugar a dudas. Le dijo: —Sólo me casaré con un gran payaso.

Para otro que no hubiera sido Gabriel Aragón Gómez, aquella respuesta hubiera sido suficiente para hacerle desistir de sus propósitos. Pero el joven estaba profundamente enamorado, y aquella misma fuerza de sus sentimientos le impulsó a intentarlo.

¿Por qué no? ¿Por qué no ser un payaso famoso? Y así, de este modo tan sencillo —y por amor, todo hay que decirlo—, iba a nacer el fundador de una de las más brillantes dinastías de payasos españoles.

PEPINO, UN PAYASO GRANADINO

Pero las cosas había que hacerlas bien desde el principio. Eso era algo que Gabriel, por su formación en el seminario, no podía desconocer. Y ordenó su nueva vocación bajo unas reglas determinadas y estrictas.

Trabó conocimiento con los mejores payasos del momento, estudiándoles a fondo; se documentó de cuantos números de humor se representaban en los mejores circos del mundo; buscó nuevas fórmulas, analizando las reacciones del público, y cuan-

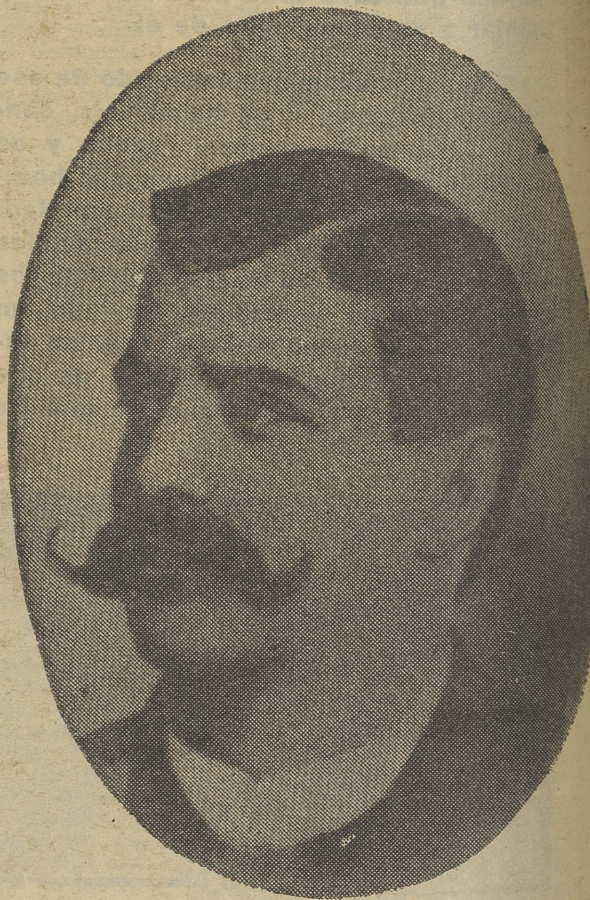
do al fin empezó a ensayar su propio espectáculo, era un verdadero gimnasta capaz de combinar la comicidad de un «sketch» con la exhibición acrobática.

Se presentó bajo el nombre de Pepino, con el rostro embadurnado de blanco y con tres tufos en forma de antorcha, tratando de crear su propia escuela, inspirada en la mímica del teatro cómico europeo, que él deseaba trasladar al circo, dándole una nueva dimensión plástica.

merced a la aportación de la música.

El éxito le respondió desde el primer momento, permitiéndole perfilar sus siguientes actuaciones con novedades tales como introducir el payaso en las entradas a escena, cosa hasta entonces desconocida en el continente.

Al llegar a Moscú, después de haber recorrido casi todos los teatros de Europa, con un bagaje de experiencia y varios idiomas en su haber, Gabriel Aragón Gómez era ya



Un gran payaso

un payaso famoso. Había alcanzado la meta que se había propuesto. Como en los cuentos de hadas, se casó con la «ecuestre», su amada Virginia, fueron muy felices y tuvieron muchos hijos... ¡Nada menos que quince!

De este modo empezó a fundarse la dinastía de este payaso granadino, que colgaba las ropas de seminarista por su amor hacia una estrella circense. Y no es de extrañar tampoco que sus descendientes, criados en este ambiente, pero en su versión más selecta, pudieran alcanzar al máximo sus posibilidades.

LA GENERACION DE UN PAYASO

Arturo Aragón Foureaux fue el segundo payaso de la familia y el primero de esta generación. Formó pareja con su padre y se presentaron como Pepino y Tonino, llegando a ser tan conocidos y populares que, en América del Sur, a todos los payasos se les llama genéricamente «toni», a partir de Tonino.

Más tarde, el nombre pasó a otro de los hijos, Gabriel Pantaleón Aragón, que fue Tonino II, el mismo que formó pareja con Humberto Guillaume, que ha quedado en la historia del circo como Antonet, el mejor «clown» conocido, y que se había formado en la troupe de los Aragón, como hijo número 16 de Pepino.

Cuando Gabriel Pantaleón enfermó de tifus y murió en Barcelona, un nuevo Tonino surgió en la familia, tomando el relevo de la antorcha: Emilio Aragón, continuador de la tradición y heredero de un nombre ya famoso en el circo.

A la muerte de «el abuelo»,

como le llaman respetuosamente sus descendientes, Arturo Aragón quedó constituido en el jefe de la familia, y su decisión fue trasladarse a Italia con todo el clan. Se instalaron en Turin, y cabe decir que la tradición circense de ambos países se fundió con el matrimonio de Tonino III con la hermana de Enrico Biatore, de la famosísima pareja Rico y Alex.

Entre tanto, nuevos hombres famosos surgen de los hijos de Virginia y Gabriel, los fundadores de la dinastía: Teodoro, que se hace un peculiar antipodista; José María, que triunfa como equilibrista; Emilio, un formidable atleta. Casi todos los Aragón-Foureaux son excelentes gimnastas, ya que su padre, un consumado barrista, dio a sus hijos una formación completa de circo, tanto en lo físico como en lo intelectual. Atletismo, estudios de Arte, bachillerato en Francia y, sobre todo, música, una apasionada dedicación a la música.

Teodoro y José María formaron pareja como antipodistas, Gabriel y Emilio presentaban un número de equilibrio manos a manos con el nombre de «Los Gomosos».

LAS MUJERES DE UNA DINASTIA

Virginia Foureaux quería un payaso y tuvo una dinastía. Y también tuvo hijas artistas que triunfaron en el circo. Ulda e Isabel trabajaban en el doble trapecio de equilibrio y Virginia era alambrista.

Fue en Moscú, ciudad ligada a los acontecimientos importantes de la familia Aragón, donde tuvo lugar un mortal accidente. Ulda e Isabel realizaban su número, en la parte superior del trapecio, sobre la barra, cuando, debi-



do a un fallo en el montaje de los aparatos, el trapecio se desprendió. Y aunque estaba la red salvadora, que recogió los cuerpos de las dos hermanas, no pudo evitar que el trapecio entero, con su conjunto de pesadas barras, cayera sobre la infortunada Isabel, causándole la muerte. Es el tributo dramático que paga a la fama la gente del circo.

En la familia también hubo una mujer que ejerció auténticamente la profesión de payaso: Mercedes Fernández Aragón, que se casó con Nani Frediani, el formidable acróbata que, a partir de su matrimonio, formaría con su mujer una singular pareja de payasos. Los hijos de este dúo formarían también un magnífico conjunto de acróbatas.

EL BLANCO, EL ROJIZO Y EL NEGRO

Teodoro, José María y Emilio Aragón Foureaux figuraron entre los payasos más notables de su generación con los nombres de Pompoff, Thedy y Emig. Pompoff era el payaso blanco: fondo de albayalde, orejas y labios encarnados, finas cejas negras y un pintoresco tupé, con re-

miniscencias de los tres mechones flamígeros que su padre había hecho famosos en el mundo. Thedy renovó notablemente la figura del «augusto», haciéndola más humana, más popular y más entrañable: fue el primer payaso castizo que hablaba como los chicos de su barrio, el Puente de Vallecas. Un acento madrileño, pero matizado secretamente por la cultura, la sensibilidad, el buen gusto y el arte. Su caracterización era también más sencilla: una gruesa nariz postiza y una peluca color panocha, que nacía casi en el centro de la cabeza, prevenida por una extensa y abombada frente; ropas enormes de colores vivos y una personalidad capaz de ganarse a cualquier tipo de auditorio.

Pompoff, Thedy y Emig recorrieron el mundo de triunfo en triunfo durante muchos años.

Y así llegamos a la generación actual. Emilio Aragón Foureaux, Emig, se casó con una bailarina, acróbata sobre caballo, llamada Rocío Bermúdez Contreras, una sevillana nacida en Carmona el año 1893. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Gabriel, Alfonso, Rocío y Emilio, es decir, los varones los actuales Gaby, Fofó y Miliki.

POSTER PUEBLO



A. ARZU.

Historia de una familia de payasos



GABY, FOFO Y MILIKI

Gaby, Fofó, Rocío y Miliki, hijos del matrimonio formado por Emilio Aragón —el famoso payaso Emig— y por Rocío Bermúdez —bailarina acróbata sobre caballo— se aficionaron a la música desde muy pequeños. Emig, que se hizo célebre en Italia como virtuoso de la mandolina, hasta el punto de que el teatro donde actuaba se llenaba tarde y noche sólo para escucharle, se preocupó de inculcar a sus hijos la pasión por la música.

La primera presentación de sus tres hijos mayores —Gaby, Fofó y Rocío— se produjo en el año 1936. Habían formado un grupo de artistas infantiles que, con el nombre de Hermanos Aragón con Rocío, o como Rocío, Fofó y Gaby tuvieron un gran éxito en todos los escenarios y pistas donde actuaron.

Los niños fueron muy afortunados desde el primer momento, ya que nunca carecieron de los medios necesarios y de los estímulos precisos para el desarrollo de su actividad artística. Los buenos profesores y el ambiente en que se desenvolvían sus vidas coadyuvaron para que el éxito se les presentara desde muy temprana edad. Y todo hubiera sido perfecto de no haberles faltado la madre, que falleció a los treinta y siete años de edad. Miliki era tan pequeño entonces que apenas puede recordarla.

● EL MAYOR DE LOS HERMANOS: GABY

Gabriel Aragón Bermúdez apenas tenía veinte años cuando se casó con su pri-

mera esposa, Carmen Bernal, una joven murciana de su misma edad. De este matrimonio nacieron cinco hijos: Gabriel, Hilda, María Isabel, María del Carmen y Juana María.

Gaby siempre fue un hombre extraordinario. Bajo su apariencia juvenil se oculta un perfecto padre de familia y un trabajador incansable. Sus cualidades humanas son notables, y también sus indudables dotes artísticas, abiertas a toda sensibilidad. Escribe y pinta con notable éxito. Como instrumentista —principalmente con el saxofón soprano, que es su preferido— interpreta esas deliciosas melodías infantiles que han sembrado de alegría e ilusiones el corazón de todos los niños.

Gabriel Aragón Bermúdez ha contraído matrimonio dos

veces. De su segundo matrimonio con la bella portorriqueña Virgen Aurea —treinta y tres años más joven que él—, ha nacido dos hijos: Virgen y Gabriel Rafael. Ambos nacidos en Argentina, en 1968 y 1972, respectivamente.

Gaby confía en que el pequeño de sus hijos continuador de la estirpe de payasos, dado que los otros han elegido otras profesiones: el primogénito es ingeniero textil en Estados Unidos y reside, así como sus hermanas Hilda y Juana Maribel, la tercera, en Barcelona, y María del Carmen, la hija menor, que estudia y piensa ser pianista, es novia de un actor de Televisión Española. Gabriel Aragón y

Los buenos profesores y el ambiente en que se criaron les aseguraron el éxito desde primer momento

Jiménez Lorenzano recuerda su historia de amor con ella cuando ella tenía seis años y veía a Gaby, el payaso, en televisión. Desde entonces que ya le señalaba a los padres, con su candor inimitable como «a su novio», ha sido un momento en que sus vidas se cruzaron, sólo media hora. Porque a los diecisiete años, esta bella portorriqueña pudo hacer realidad el sueño de toda su vida: el casarse con «su» payaso.

EL SEGUNDO DE LA DINASTIA:

FOFÓ

Emilio Aragón, Fofó, al que su hermano Gaby, se casó muy joven. Él a su esposa Juana

bia los guiones para sus actuaciones, aunque la improvisación es uno de los componentes que agregan sal al desarrollo de la acción prevista de antemano.

Bajo su aparente cordialidad se ocultaba, en el fondo, un introvertido. No era proclive a las relaciones sociales y donde mejor se encontraba —fuera de su trabajo, naturalmente—, era en su casa rodeado de su familia, ya que era, esencialmente, un hombre de hogar. Por eso eran sus hermanos quienes se preocupaban de las relaciones públicas del grupo.

● EL TERCER PAYASO DEL GRUPO: MILIKI

Emilio Aragón, Miliki, el



Tres payasos de cuerpo entero

segundo de la dinastía en el madrileño del Puente de Vallecas. —treinta y tres años. Esta unión han nacido él—, los hijos: Rocío, Alfonso, y Rodolfo.

el. Ambrosio estudió guitarra clásica pero se convirtió muy pronto en el cantante del grupo, arrancando siempre con una característica frase suya: «¿Cómo están ustedes?». Como están ustedes?», que los otros niños querían imitar. Él creó el clima necesario para arrastrar a los niños espectadores a esos «sketches» extraordinarios de su inimitable gracia. Él se casó con la sobria elegancia de Gaby y la cándida belleza de Miliki.

los suyos, sus canciones consiguen aglutinar el entusiasmo de la audiencia, logrando una gran comicidad a través de una enorme capacidad humana. En realidad, él es el verdadero creador del grupo. El es quien escri-

más joven de los hermanos, es verdaderamente el cerebro rector de la razón social «Gaby-Fofó-Miliki», ya que es un formidable hombre de negocios. Si Gaby se encarga de las relaciones públicas y Fofó era de la creación, él es el indiscutible manager del grupo.

La infancia de Miliki fue diferente a la de sus hermanos, ya que perdió a su madre, como ya se ha dicho, cuando sólo tenía nueve meses, y por lo tanto no gozó de la ternura y protección de que disfrutaron sus hermanos.

Está casado con Rita Violeta Álvarez, de origen cubano. De este matrimonio han nacido cuatro hijos: Rita Irasema, Pilar, Emilio y Amparo.

Emilio Aragón, Miliki que lleva el nombre del padre fundador del famoso grupo, es, como él, un luchador incansable.

Historia de una familia de payasos

EN ESTA CASA VIVIO

La villa Pompoff, Thedy y Aragón, existente en la vallecana calle Montseny, número 8, junto a Peña Prieta, está íntimamente ligada a la vida de Fofó. Allí pasó sus años de juventud, a caballo con sus comienzos en los circos. Para Fofó y para toda la familia Aragón, el Puente de Vallecas ha sido siempre, según ellos, su «patria chica». Allí pasó de ser niño a ser un gran amigo de los niños. El mejor amigo de los niños.

Alfonso Aragón nació en la calle Barbieri, cerca del circo Price. Emig y Rocio Bermúdez, sus padres, aún no vivían en Vallecas. Antes había nacido Gabriel Aragón (Gaby) en la calle Costanilla de Capuchinos, 1. Cuando Alfonso (Alfonsito) contaba tan sólo unos meses, Emig se compra una casa en Vallecas, a donde van a vivir inmediatamente. Es la casa de la calle Montseny. Esta casa se convierte pronto en el cuartel general de la familia de Emilio Aragón. Y allí, tanto Gabriel, como Alfonso y Emilio (Gaby, Fofó y Miliki) pasaron sus años de juventud, crearon sus amigos, que serían amigos comunes para los tres. Allí aprendieron a ser niños para siempre, aunque los años les fueran marcando en el tiempo. Por eso, para ellos, Vallecas es una referencia constante para la evocación y la nostalgia durante sus años de ausencia de nuestra patria.

SU ESPOSA, VALLECANA

A todos nos ha gustado siempre conocer la vida de los payasos. La que se esconde detrás de una narices postizas, detrás de un peluquín, de unos zapatos del número 69 o de unos pantalones de cuyos bolsillos se puede sacar un niño. Juana, que es la esposa de Alfonso Aragón, también se ha preocupado de saber todo lo referente a la vida del que posteriormente sería su esposo y la de la gente que

le rodeaba. Juana vivía también en la calle Montseny, concretamente, en el número 10. Puerta con puerta.

«Desde que teníamos muy pocos años ya éramos amiguitos. Jugábamos juntos, porque para eso éramos vecinos. Hacíamos lo que todos los niños del barrio». La amistad de los dos, la amistad de unos niños, la truncó el cambio de domicilio de los padres de ella. Para entonces, el que luego sería Fofó, contaba unos siete años. El siguió su vida en Vallecas y en los circos, donde ya tenía una experiencia adquirida por su temprano debut junto a sus tíos Pompoff y Thedy. Alfonso era en Vallecas un gran amigo de sus amigos, y le gustaba el ambiente del Puente de Vallecas. Ese Puente de Vallecas que no estaba entonces recortado por ninguna avenida de La Paz, que no tenía atascos en la avenida de la Albufera, y en cuyos alrededores sólo había descampados, y no grandes urbanizaciones, donde los niños podían jugar.

Hace no mucho, Fofó y sus hermanos visitaron a sus amigos de Vallecas. Y recordaron sus años de niños, sus travessuras, sus picas, sus juegos, los buenos ratos... Ellos conservaban fotografías de cuando, con pantalones cortos, jugaban con una pelota de trapo o con un aro. Era el grato recuerdo de unos niños mayores, que siempre lo han querido ser y aparentar.

Pasaron los años, pasaron

algunos viajes, como el de Cuba, y al regreso una señorita, de diecisiete años, que se llamaba Juana Sac, se acercaba tímidamente al circo. Actuaba la familia Aragón. Y con ellos, naturalmente, Alfonso Aragón, ya Fofó. Los amigos se volvieron a ver, y después de un año de noviazgo, Alfonso y Juana se casaban. El tenía veintidós años, y ella, dieciocho. «Cuando éramos novios —me cuenta ella— salíamos mucho por Vallecas. A él le gustaba mucho el barrio, y a mí, que también había vivido allí buenos años de mi niñez. Teníamos nuestros ami-

gos, algunos de los cuales eran los mismos que habían estado diado con Alfonso en el colegio de Don Manolín, en el barrio de Doña Carlota.

Con la boda, Alfonso Aragón se desligó físicamente de Vallecas, aunque siempre lo estado en su recuerdo. Incluso, uno de sus hijos nacidos años después, en la misma casa de la calle Montseny, Adolfo.

No cabe duda que a toda esta familia circense hay que unirle muy directamente a Vallecas. A Thedy, el inolvidable Thedy, tuvo el gusto de hacerle la última entre-



Alfonso Aragón era en Vallecas, gran amigo de sus amigos y, por encima de todo, una buena persona

FOFÓ

cuales eran
n el cole
en el ba
ría.
onso Ar
mente de
empre la
do. Inclu
s nacia
misma ca
Montseny
e a toda
e hay que
amente a
el indivi
el gusto
na entre

vista que se le hizo, junto a un querido compañero del periódico, pocos meses antes de su fallecimiento. Pocos recuerdos que contar le quedaban ya. Pero entre esos «pocos», uno todavía diáfano: el que se relacionaba con Vallecas. Los años en que vivió en el barrio y la importancia que tuvo para ellos el vivir en Vallecas. Recuerdo que nos dijo: «Sabéis dónde he aprendido a mentir? Pues en mi barrio, en mi querido barrio de Vallecas. En el Puente de Vallecas. ¿Queréis decirme donde está el puente?..»

El Ayuntamiento de Madrid, cuando era alcalde Carlos Arias Navarro, ahora ex presidente de Gobierno, pensó dedicar la hoy calle Montseny a los universalmente famosos Pompoff, Thedy y Emig. Esto todavía no se ha llegado a hacer ni saben nada en el Ayuntamiento ni en la Junta Municipal del distrito.

Fofó, junto a sus hermanos, contaba no hace mucho a una revista algo que denota su cariño a su Vallecas; a su vida vallecana: «En aquel Vallecas de nuestra infancia —decía— había, sobre todo, una cosa muy bonita, extraordinaria: Que todos los padres eran padres de todos los niños; todos nos ayudaban, todos nos enseñaban, todos nos regañaban... Ningún padre se ofendía porque otro padre riñera a su hijo por haber cometido una maldad... En fin, ha sido una infancia, lo comentamos hoy todos los amigos del Puente de Vallecas, a pesar del hambre y de las calamidades, muy feliz, muy feliz...»

Vallecas, sin lugar a dudas, ha significado siempre algo especial para la familia. «Ellos —me dice su mujer— han querido siempre enormemente a las gentes de Vallecas y nunca olvidaron esa etapa, aunque por ellos no habrían dejado nunca esa casa.» Esa casa de tres pisos en el número ocho de la calle Montseny, donde Fofó,



HASTA LOS VEIN- TIDOS ~ AÑOS

junto a Gaby y a Miliki, se hizo mayor, aunque nunca dejó de ser un niño para los niños. Donde Fofó tuvo los amigos de Miliki y Gaby, con los que iba al colebio de Doña Carlota. El Puente de Vallecas, Vallecas entera, recordará siempre a Fofó como a un vallecano más. Con un cariño singular. El mismo que este popular payaso, este gran hombre, este genial niño, les tiene a ellos.

El otro día estuve en esta casa. En la villa Pompoff, Thedy y Aragón. Estaba cerrada. Unos niños se me acercaron, al ver mi curiosidad, y me preguntaron: «¿Señor, ¿es verdad que aquí nació Fofó?». Les dije que sí, que era verdad, pero que ahora vivía en otro sitio, junto a un circo. Y ellos, que todavía siguen viendo a Fofó, se fueron tan contentos...

Escribe Jesús SORIA
Fotos QULCA

Eran dos tipos requetefinos.
Éran dos tipos medio chiflaos
Éran dos tipos casi divinos.
Eran dos tipos desbarataos.
Si se encontraban
en una esquina,
o se encontraban
en el café,
siempre se oía con
voz muy fina
el saludito
de don José.



¡Hola, don Pepito!
¡Hola, don José!
¿Pasó usted por mi casa?
Por su casa yo pasé.
¿Y vio usted a mi abuela?
A su abuela yo la vi.
¡Adiós, don Pepito!
¡Adiós, don José!